

EL AMASIJO

LOS ANGELITOS NO TIENEN OMBLIGO

(Donde se habla de historias de ayer, nomás)

Por: John Argerich



John Argerich

El turco Massalín era un púa nacido en Buenos Aires, y más porteño propiamente que Carlitos Gardel. Quien, llevado por los vientos del destino, una vuelta aterrizó en Suecia, como tantos otros desgraciados. Y con la barra de turcos que hay en nuestra nueva patria, allí estaba a mitad de camino entre la milonga y el Islam. Por cuya causa gastaba caminantes en busca de inspiración. ¿Haría carrera en Escandinavia, o debía tomarse el primer piróscafo rumbo a Callao y Santa Fe? Del Medio Oriente, ni pensar, con Ben Laden gozando de buena salud. Pero como sucede muchas veces, las meditaciones no lo llevaron más lejos, porque en lontananza apareció algo digno de contemplar.

-¡Putamadre, qué minón, baisano! –dijo el turco con los ojos reventando fanatismo, tras las gafas tornasoladas.

Y no era para menos. Por Nobelvägen rumbo a Dalaplan se desplazaba un ultraje a la teoría del celibato. Ni lunga ni retacona, con tacos altos tipo aguja, micromini al rojo vivo, y una remerita negra cortona panza al aire, como se usan ahora. Estirada dos medidas en la parte superior para dar lugar a tanta glándula. Suelta por abajo, mostrando en vivo y en directo las contorsiones de su andar de gata apenas domesticada. Pelo largo medio rubión, la boca color de incendio, y un estilo para dejar chatas a las chicas de Divito, que para los jovatos son como las Malvinas. Imposibles de olvidar. Redepente la fulana se paró en seco, miró para todos lados, y del bolsón que llevaba al hombro sacó un planito, que observaba con ojazos extraviados. Ese fue el momento en que el turco tomó una decisión que dejó huellas en su vida. Era preciso arremeter, porque esta vuelta la suerte venía en bandeja de plata.

-Buenas tardes, princesa –dijo con una reverencia, asignándole prima facie el romanticismo de cierto aire turístico- Do you speak English?

Ella le clavó una mirada sorprendida, porque en Suecia no es costumbre que los desconocidos te paren para hablarte en la calle, mucho menos en inglés. Salvo que sea para putearte, si tenés la tez medio trigueña, y no medís 90-65-90, como la protagonista de este capítulo.

-Yes –repuso la bella- Pero también hablo en svenska, porque soy hija de suecos, nacida en Chivilcoy.

-Bosse Masalín, a la orden –repuso el loco, olvidando con tanta presión social que su nombre de pila había sido Ahmed, desde el día en que nació.

-Gudrun Larsson –dijo ella, mientras le extendía una garrita con uñas maquilladas y cadena de oro- Pero podés llamarme Porota.

Al turco se le obstruyó el gañote, y por un momento vio todo nublado, con la mirada fuera de foco. ¡Después de mucho soñar, se le había dado el primer levante como la gente de su puta vida! Más mejor poner en marcha toda su seducción. Y siguió la charla con una sonrisita sobradora, como hacía Charles Boyer en las películas vía satélite que la tía Fátima miraba por el canal Al Jazeera.

-¿Cuál es su itinerario? –dijo, cuidando el léxico- Y lo pregunto sin otro ojepto que ofrecerle una solidaria cooperación.

-¿Sos guía de turismo?

-Guía de turismo propiamente no, pero tengo un laburo de nivel. Soy repartidor de pizza en motocicleta, y conozco bien la ciudad.

Ella comprendió que no estaba frente a un intelectual, pero la soledad es mala consejera. Entonces se paró frente al turco con las gambas ligeramente separadas, y los pieses firmes sobre el pavimento. Como hacían los gladiadores romanos antes de gritar “¡Ave, César!” Entonces el ombliguito le pegó un salto, y el cascabel que los técnicos de piercing le habían injertado en la pancita dijo “tin-tin”. Una reacción suficientemente atrevida para dejar sin sueño al repartidor de pizza más pintado. ¡Otra que las vecinas de Nydala, cuando las espiaba para verlas sacarse el velo!

-¡Sos un ángel!

-¡No digás pavadas! –repuso ella- ¿Qué estás mirando?

-Ese ombliguito, que me vuelve loco...

-Así te quería chapar –agregó la desconocida- ¿No sabés que los ángeles no tienen ombligo?

-Que yo sepa, desde la época de María Castaña hasta la fecha, todo el mundo lo lleva puesto, como si fuera la marca Lee de los leones.

La charla iba entrando al terreno personal. Así que él se animó a seguir preguntando

-¿Y tanta curva, para qué?

-Para llevar mi cascabelito, pienso yo.

El tema empezaba a prometer gresca.

-Pero eso no es todo –lo frenó ella, secamente- Por el ombligo tu vieja te daba de morfar antes de que empezaras a vivir del chupi, como hasta ahora. Sin madre, no te hace falta ombligo, che. ¿Capishi o no?

La nami tenía conocimiento, y él escuchaba con la boca abierta,.

-¿De dónde sacaste tanta labia, nacida en Chivilcoy? –preguntó.

-Mis viejos son de la guardia vieja –dijo, como si eso alcanzara para explicar mesejante cuadro de supremacía discursiva.

-Ahora entiendo... –respondió “el turco Bosse”, como le decían los cumpas de la barra.

-Preguntá lo que quieras para ubicarte mejor –lo desafió ella.

Massalín se rascó la mollera. Por fin, dijo:

-¿Y si el problema es tan generalizado, el papa también tiene ombligo?

-Si.

-¿Y Kirchner?

-También.

-¿Y Napoleón, y el general San Martín también tenían ombligo?

-Todos tenían ombligo.

-¿Y María Castaña también?

-Efectivamente, por ser hijos de mujer. Solamente los angelitos, nacidos mediante la generación espontánea, no lo precisan. Seguí preguntando, che.

-Ahora te doy la biaba, y cobro prenda.

-¿Como ser?
-Si gano, me das un beso. Si pierdo, un puñetazo en la nariz.
-Pobre mariposa... –dijo ella- Rompiéndote la jeta capaz me ensucio las pilchas, sin llevarme nada a casa. Cien coronas, más mejor.
Así, esta trama llega a su epílogo. Y al Bosse Massalín le daba vueltas en el balero una pregunta medio capciosa. ¿Tendrían ombligo todos nuestros antepasados? ¡Vaya inquietud de divulgación científica! El problema parecía simple, pero distaba mucho de serlo. ¿Para qué seguir dándole más vueltas al tema? Llegado a este punto del entrevero, había que jugarse como un hombre.
-¿Okey? –preguntó.
-Okey –dijo ella.
-Batíme la justa, entonces... ¿Quién fue el antepasado tuyo más antiguo que conocés?
-En Suecia o a nivel mundial, porque también tengo origen finlandés.
-A nivel mundial.
-Olaf, el vikingo.
-¿Nació por generación espontánea?
-Dale, viejo, que nuestros antepasados eran expertos en las artes del amor.
-¿Entonces tuvo padres?
-Sí, claro, y abuelos, y bisabuelos, y tartarabuelos, y cuñados, y sobrinos, y qué sé yo, como todo el mundo.
-¿Y el tatarabuelo de tu tatarabuelo había nacido de un zapallo?
-No lo creo, seguramente él también tuvo mamá.
-Seguí para atrás en la nomenclatura.
-Si sigo retrocediendo, llegamos a Adán y Eva.
-¡Ahí te quería agarrar! Eva fue hecha de una costilla, y Adán salió de un decreto del Creador. O sea, que si ninguno de los dos tenían madre, parece difícil que llevaran rastros de su embarazo. ¿Viste que la gente sin ombligo también existió?
Ella no dijo nada, y le dio un beso en la mejilla. Después se alejó, tan raudamente como había llegado, camino del Folketspark.
-¡Adiós!
El turco se quedó paralizado, aunque seguro de una cosa. Pasarían los años, pero esa mejilla no se la iba a lavar jamás.

THE END

Copyright: John Argerich, 2006

All rights reserved.

johnargerich@malmö2.net

johnargerich@ya.com

La serie quincenal “El amasijo” se publica regularmente en 32 medios de 9 países.